

UN CASTELLANO VIEJO

(De cómo la terquedad empaña muchas buenas cualidades y de cómo la nobleza de corazón vence a la terquedad)

I

Fue ayer, como quien dice, cuando esta tierra parecía una bendición.... Ciertó que hubo siempre ricos y pobres, buenos y malos, pues semos muchos en el mundo y tiene que haber de todo; pero mi amo, don Diego de Onís (el mejor caballero que tuvo España, sin agravio de lo presente), sabía dar a cada uno lo suyo y poner las cosas en razón.... ¡Como que murió en olor de santidad! La señora, doña Mercedes (que haya gloria también), tenía manos de ángel y corazón de paloma, para la desdicha ajena, y el hijo, don Andrés, era la viva estampa de ellos: tan cabal y conversable. Así florecían entonces las haciendas y las buenas obras, como rosas de mayo, y vivíamos todos, pobres y ricos, en la paz y gracia de Dios.... Pero los años todo lo mudan y consumen: cambian las personas de estampa y de pareceres; el que antaño era un mozo cabal, hoy es un viejo mal sufrido; lo que hayer corría sobre ruedas, hoy da tumbos en los guijarros; que allá se van los días con los hombres y las fortunas.... Ahora la casa de Onís, ya lo sabe usted, va de mal en peor; don Andrés no parece ni la sombra de sí mismo: viejo, regañón desaforado....; no hace cosa a derechas; su mujer y sus hijos, en lugar de traerle con maña, le ayudan a caer, con lo cual todo es allí mohína y desbarate. Como está frontero de sus tierras mi pegujal, no pasa día sin que haya cuestiones por un quitame allá esas pajas.... Yo les tengo ley a los señores, a pesar de todo, porque al fin y al cabo comí el pan en la mesa de sus padres, aunque ello lo gané con el sudor

de mi frente, y presumo de cristiano viejo, de agradecido y bien mirado; pero, eso sí: cuando me tocan a la negra honrilla ya no me paro en barras, que soy hombre tan bien nacido como el más, y tanto vale mi pobreza como la plata del rey....

Así me decía Juan de Ruyales, labrador de los viejos de Castilla, mientras posábamos a la puerta de su casa, en la puerta de Fontidor, no lejos de una villa famosa que fue antaño lid de comuneros, prisión de una reina y fingida patria del que osó regatear la gloria al príncipe de los ingenios españoles. Trataba yo a la sazón de poner paz y concordia en ciertos pleitos y diferencias que había entre el hidalgo quisquilloso don Andrés de Onís, grande amigo un tiempo de mis mayores, y el testarudo labrador Juan de Ruyales, misión harto difícil, pues ambos, el caballero y el rústico, no daban su brazo a torcer ni a tres tirones. Y así se iban arruinando el uno y el otro, cada cual en la medida de su peculio, y la «justicia» se iba comiendo dulcemente las haciendas del hidalgo y el pegujal del labrador....

—Pues, aunque me quede en cueros vivos—afirmaba Juan de Ruyales,—no cederé una uña de mi derecho. Cuando no tenga ni un pedazo de pan, pleitearé por pobre, y no he de parar hasta que el diablo, vestido de alguacil, se lleve la cantarera.... Porque, al fin y al cabo, yo no tengo hijos, y la tierra de la sepultura me la darán de balde.... A mí, por las buenas, ya lo sabe usted: se me trae por donde se quiere.... Por las malas...., donde pongo el hito pongo la voluntad, y hasta en la piedra hecha raíces.

Era Juan de Ruyales uno de esos campesinos de la antigua cepa, de quienes se aprende a sentir hondo, a pensar recio y a hablar buen castellano. Seco, fuerte, nervudo como un manojo de sarmientos, tenía la cabeza aguileña, la tez robliza, los ojos vivos, el cabello áspero

y gris, el cuerpo brioso, las maneras reposadas, la actitud altiva y más orgullo que don Rodrigo en la horca.

Motejándole yo por esto último, me interrumpió, diciendo:

—¿Qué nos quedara a los pobres si nos quitasen el orgullo? ¿Es que sólo pueden tener humos los caballeros?.... Yo no entiendo de leyes ni políticas; pero es de luz natural que todos nacimos de la misma suerte. Pues hay señorones que son capaces de negar el bautismo a quien no venga de linaje de reyes, y por un mirar de ojos se pelean las barbas con el más guapo.... Y eso no puede sufrirse, porque todo hombre cabal tiene su alma en sus carnes y la honra en las telas del corazón....

—Pero hombre—le repliqué,—tenga usted presente que fue creado en la casa de Onís; que los difuntos señores le dieron de su pan; que le debe usted mercedes al propio don Andrés; que esta tierra que pisa y que labra perteneció antaño a don Diego....

—Tengamos la fiesta en paz, señor mío—repuso el labrador con vivo enojo.—Más sabe el ignorante en su casa que los letrados en la ajena.... Harto sudé, ya se lo dije, el pan que comí en la casa de los amos; que si ellos me trataron bien yo les serví mejor: con todo y con eso, bendigo su memoria (al hablar así, quitóse Ruyales el sombrero) y les digo un *Pater noster* al acostarme, cosa que tal vez no hagan sus hijos; además, en llegando el día de las Animas, las siemprevivas que hay en su sepultura las ponen estas manos que se ha de comer la tierra.... Lo cortés no quita lo valiente.... Y esta senara que tengo, a nadie le debe ni un terrón, que la mercó mi padre, en plata de ley, con la mejora de mi abuelo.... Cuanto a las mercedes de don Andrés, arreboícese usted con ellas, que a mi no me quitan el frío. Una vez me llevó al Concejo de

la villa para que le sacara yo las castañas de la lumbre; sí que las saqué, pero se las di a quien era de razón. Yo no sé sino hacer justicia seca, y él es por contra, de los que dicen «lo mío, mío, y lo tuyo de entrambos....» Por eso me tiene tan mala voluntad; porque no me doblo así me aspen. Debajo de mi capa yo me sé quien soy....

Diciendo estas palabras se erguía el viejo, dentro de su capote pardo, como un caudillo de los antiguos fueros de Castilla.

Negro me vi para sacar una chispa de aquel humano pedernal. Usando de artes y de mañas, logré arrancarle una pequeña concesión, breve portillo para ganar la plaza de un carácter tan áspero y tan recio.

—Conque adiós, amigo Ruyales—dije al fin, despidiéndome temeroso de un renuncio.—Quedamos conformes en este particular. ¿Me da usted su palabra?....

—Palabra de rey—dijo con prisa el labrador.—En diciendo yo una cosa no hacen falta escrituras....

A punto estuve de echarlo todo a rodar y soltarle «una fresca» al orgulloso labriego; mas refrené los ímpetus y salí de la huerta de Fortidor, lengua entre dientes, por no perder el fruto de mi embajada. Juan de Ruyales me acompañó un buen espacio, diciéndome, con trazas de socarrón y de cortés:

—A su mandar estoy, si entiende que puedo servirle.... Aquí le ofrezco mi pobreza y con ella mi voluntad, que es lo mejor que tengo.

II

Faltaba, no el rabo, sino la cabeza por desollar.

Sentado en un sillón frailer, al amor de la lumbre, junto a la chimenea de su estancia, hallábase don Andrés, el viejo amigo de mi familia, a quien llamaron por su figura y su mal genio «el león de Onís.»

Crenchas de tal lucía, a pesar de su vejez; unas melenas grises y recias, lo mismo que el bigote y la perilla; un rostro severo, de color de pergamino; los ojos pardos, y la arrogancia de un emperador. Años, achaques, pesadumbres y malos humores, le tenían atado a su fraileiro, solo y aburrido, en pugna siempre con deudos y familiares, con criados y vecinos, con toda la humanidad.

—¡No me hables de ese malandrín!—exclamó don Andrés, apenas traje a cuento el asunto de Ruyales.—Si no fuera por lo que debo a Dios a mi propia dignidad ya me hubiese tomado la justicia por mi mano... ¿Pues no se empeña el villanote en ponerme la ley? ¡Claro! Los picapleitos de la villa le azuzan contra mí para sacarme las entrañas.... ¡Ah, bandidos!....

—Pero es el caso—aventuré—que «ese hombre» comienza a transigir....

—¡Pues yo no transigiré nunca!—gritó más bien que dijo don Andrés.—¡O todo o nada! ¿Lo entiendes? Prefiero quedarme en cueros vivos....

—¡Hombre! Lo mismo que el otro—pensé yo.—Son tal para cual.

—¿No es una mala vergüenza que un criado de mi padre se las eche conmigo de persona? ¡Si ya desde mozo era Ruyales pérfido, ruín.... y, además, tozudo como un buey!.... ¿Pues no me llevó la contra en el Concejo cuando le hice, por ayudarle, concejal? Hasta llegó a decirme que él no hacía sino justicia seca; que él servía al pueblo y no al interés de los señores.... ¿Qué sabrá de esas cosas el muy bellaco? Y es que en esta tierra, siempre leal en otros siglos, ya todos son medio anarquistas....

Eché de nuevo mi cuarto a espadas y aun osé defender con arrogancia los derechos del «brazo popular.»

—En este pleito tan antiguo del pueblo y de los señores, habría mucho que discutir.... Los ricos, va-

lidos de su fuerza, abusan muchas veces, y eso ya no es cristiano ni español. ¿Qué decir de los caballeros que en lugar de aplicarse al bien común y vivir como manda Dios, revientan de orgullo y de egoísmo? Tengo para mí que esos señores son también a su modo anarquistas y renegados.... Los pobres, como tienen así mismo su negra honrilla y no son tan simples como parecen, concluyen por perder los estribos; y no es de extrañar que algunos azacanes, cerrados de corazón y de mollera, se engrían con las lisonjas de cuatro zascandiles y se juzguen con derecho a ser los amos del cotarro. Para remediar estos males, señor don Andrés, hace falta una cosa: caridad.... ¡Pobre España el día en que se hiciesen guerra a muerte los pobres y los ricos, el pueblo y los señores! Porque si ésta es la tierra de los hidalgos con humos de rey, es también la de los pecheros con humos de hidalgo; si aquí los reyes les decían a los pueblos: «Esta es la justicia que mandamos hacer,» los pueblos les decían a los reyes: «Nós que valemos tanto como vos....» Y en tierras de Castilla, cada Juan de Ruyales, arrebozado en su capa, lleva en lugar de la montera una corona.

¡Rayo de Dios y cómo se puso el león de Onís! ¡Cómo sacudió la melena y fulminó los ojos y azotó el aire con las garras y dijo ronco de la cólera que sentía:

—¡Vive Cristo, muchacho, que si no fuese por la memoria de tu padre, a quien quise con tan fraterno amor, ahora mismo te cortaba la lengua! ¿Conque vienes, en mis propias barbas, a defender a esos bandidos? ¡Si todos los mocos de este tiempo sois unos desalmados! ¿Y aun te atraves a darme lecciones de justicia y caridad?

Como yo conocía tan de sobra el negro humor de don Andrés, quise que desfagara a su talante y recibir

los fuegos a pie firme. Al cabo, pasada la tormenta, me dijo con voz más dulce:

—¡Caridad! Nadie más compasivo que yo en los tiempos de mi alegre juventud. Esta casa era el refugio de los pobres y los cuitados en muchas leguas a la redonda.... Tenía yo entonces el corazón abierto al cielo y a la tierra, como una rosa temprana, henchido de la sangre mística y heroica de mi estirpe. Leyendo con santa emulación las vidas de los claros varones de mi casa, caballeros e infanzones, soldados y poetas, almirantes y virreyes, me sentía capaz de escribir mi nombre en la rueda encendida del sol.... ¡Ay, quién me dijera que al cabo de los años me vería de esta suerte, como león cautivo que esconde su flaqueza con bramidos inútiles! ¿Cómo podría contarte la fea y larga historia de mis crueles desengaños? La patria, que tanto adoro, agoniza en poder de viles mercaderes; el pueblo honrado y cabal que amé en mi juventud, ha perdido su grandeza y sus virtudes, y sólo conserva una sombra de falso orgullo, entre rencores y codicias; el hogar, el nido aguilero de mis mayores, se desmorona poco a poco.... No tengo amigos de corazón, ni esposa discreta, ni amantes hijos, ni criados leales.... Que hasta mi nieto, ese rapaz antojadizo y voluble, diríase que no me quiere....

A borbollones le salían de la boca al pobre viejo sus pesadumbres, sus fracasos, sus íntimas amarguras, en un instante de flaqueza y sinceridad. Sentí una grande lástima del león de Onís, pero él, recobrando de presto sus energías, acaso con vergüenza de sí mismo, volvió a decir, sacudiendo las melenas:

—Pues bien.... ¡que se hunda todo! No quiero transigir.... ¡Prefiero verme en cueros vivos!

Y como yo le arguyera con muy sensatas razones, en punto al pleito de Ruyales, respondió fuera de seso:

—¡Re.... toño! yo no sufro ancas de nadie.... y menos de ese felón.... ¿No te lo dije?.... ¡No me hurguéis la paciencia, vive Cristo! Si vuelves a tratar de ese negocio.... ¡por quien soy, te corto la lengua!

Tan alterado se puso, que decidí marcharme, por no decirle alguna sinrazón; que entre el villano y el caballero me habían puesto sobre ascuas. Todavía, al bajar por la escalera de la torre donde vivía don Andrés, me pareció escuchar su voz y su bramido:

—¡Te corto la lengua!.... ¡Te corto la lengua!....

III

—Pues, señor—pensé cuando me vi en el camino real,—ésta es Castilla....

Comenzaba a ponerse el sol en la ancha llanura, tiñendo de oro y de sangre las aguas del Duero, que discurrían sosegadas entre los corpulentos álamos de la ribera. Veíanse a lo lejos, a la margen del río, las pardas torres de la villa insigne, mudos testimonios de las tragedias de antaño. En la helada soledad inverniza parecíase la tierra, silente y desnuda, como un gran campo desierto mil siglos há. La casa de Onís y la huerta de Fontidor, una enfrente de otra, como dos rivales, quedaron a mi espalda en un recodo del camino; apresuré entonces el paso, pues aún temía que el hidalgo quisquilloso y el testarudo labrador salieran detrás de mí, dando voces, en el silencio de la llanura desamparada.

—Esta es Castilla—torné a pensar—; ésta es la tierra de los grandes caracteres, de las personalidades vigorosas, de los hombres tercos y libres que no sufren ancas de nadie. Si Grecia fue un pueblo de artistas y Roma una escuela de ciudadanos, Castilla es un vivero de reyes. Y así nos luce la casaca. En otros países, como las gentes tienen menos ínfulas y menos bríos,

se dejan mover a gusto del que manda, y si el que manda es hombre de luces, le es fácil llevar las cosas por buena ley; en cambio, aquí nadie tolera superioridades ni jerarquías; todos somos reyes por derecho propio y en virtud de nuestra santísima voluntad. Por eso en Castilla, es decir en España, vivimos de milagro entre poderes ilegales, parodias del derecho y actos de fuerza. Aquel que tiene más puños o más ingenio, procura el modo de avasallar a sus prójimos, esgrimiendo una patente más o menos lícita de mando, un título más o menos justo de posesión; y quien no logra esta gonzúa se achica a regañadientes, reniega de todo lo criado, y, apenas haya ocasión de subvenir las cosas, lucha como una fiera, no por restablecer la justicia, sino por crear otra nueva injusticia a su favor. ¿No es este el país de las disputas familiares, de las behertrías y de los pleitos? ¡Pues vaya usted a enseñar ciudadanía a una raza de reyes absolutos!... Siquiera, antaño, esos bríos individuales se empleaban casi siempre en acciones heroicas, en trabajos gloriosos y empresas colectivas; pero hogaño, siglo sin ideal, esas pasiones se desperdician y derraman en querellas domésticas, en disputas de campanario, en negocios de la cocina y del corral, de la despensa y de la alcoba. Hé aquí dos hombres: don Andrés de Onís y Juan de Ruyales, cristianos y españoles viejos, de la más pura veta castellana, que hace tres siglos hubiesen ejecutado maravillas en las cinco partes del mundo, y hoy se combaten como leones por un puñado de tierra que pronto les servirá de sepultura....

Llevado de estos tristes pensamientos entré por la puerta de la villa, a punto ya de anochecer. Fuíme en seguida a mi posada, dispuesto a madrugar con la aurora y arreglar mis asuntos propios con la mayor presteza, ya que los ajenos sólo me daban desazones. Varios días

estuve en el trajín de los negocios adventicios que me llevaron a la famosa villa, perdiendo el tiempo y la paciencia, pues cada paso era un gazapo, y cada rústico de aquellos un Juan de Ruyales, con más razones que Merlín y más humos que don Rodrigo Calderón.

IV

Ya casi tenía olvidado el pleito de Onís, cuando una tarde entró en mi aposento la hostelera, una buena mujer, muy parlanchina y muy fisgona, gaceta viviente en la vida mansa y gris de la villa y sus contornos.

—Alabado sea Dios—dijo al entrar,—y qué de cosas vemos en el mundo.

—Cosas veredes el Cid—agregué, cogiendo mi paraguas a modo de tizona, pues iba yo a salir y estaba diluviando.

—Pero ¿no sabe usted la novedad?

—¿Qué es ello?

—Pues una friolera.... Que el nieto de don Andrés de Onís, que es de la piel de Barrabás, entró esta mañana, como suele, en el campizo del Concejo, para hacer diabluras con otros rapaces, y cayóse al pozo....

¡Jesús!—clamé horrorizado.

—Cayóse al pozo el angelito. Pero Juan de Ruyales, que por milagro de Dios estaba a la vera....

¡Cómo! ¿Ruyales?—dije, trayendo de las mientes a la boca un pensamiento ruin.—¿Fue Ruyales quien le?....

—¡Caball—me interrumpió, por dicha, la hostelera. ¡Ruyales fue quien le salvó!.... ¡Luego dicen algunos desalmados que no hay Providencia divina! Ya sabe usted que el pobre Juan y don Andrés no podían verse ni en pinturas....

—¿Y el niño está bueno y sano?—pregunté con ansia.

—Como usted y como yo, sin más que el remoión

y el susto.... En cambio, Ruyales se lastimó el brazo derecho.... Ahora le está curando el médico de la villa.

Fuí sin demora a verle. Tenía el viejo la muñeca fracturada y resistía la cura sin pestañear.

—¡Bravo, Ruyales!—le dije.—Es usted un hombre de pro....

—Pues yo creía—respondióme—que tenía los huesos más duros....

Entró a poco un criado de Onís.

—El amo dice que vayas a la torre.

—¿Y para qué?—preguntó Juan con aspereza.

—¡Hombre! Como no fuistes con el rapaz ... Supongo que querrá darte las gracias.

—Pues ¿qué me debe tu amo? Yo no hice sino lo que era de obligación. ¿Iba a dejar que se ahogara el crío?

Acompañé a Ruyales a la torre, con lo cual me prometía una sabrosa escena. Y, efecto, así fue.

Sentado estaba el león de Onís en su frailer, al amor de la lumbre. Al vernos entrar se levantó y, arrastrando los pies, vino hasta nosotros; pero el zahareño campesino, lleno a la par de timidez y de soberbia, se replegó a lo obscuro de la estancia.

—Dame la mano, Juan—dijo el caballero, con voz firme y afectuosa.

—La siniestra le doy...., y usted perdone ...—contestó Ruyales, balbuciente,—que la diestra me la quebré al salir del pozo, por la prisa de sacar al muchacho....

Y mostróle el brazo derecho, colgando del cabestrillo.

—¿Somos amigos, Juan?—volvió a decirle don Andrés.—¿Amigos para siempre?

—Semos—respondió el campesino, en el mismo modo con que hubiera dicho lo contrario.

Llamó el de Onís a su familia. Vinieron la esposa

y las hijas de don Andrés, la soltera y la viuda (que ésta era la madre del rapazuelo,) y todas colmaron a Ruyales de gracias y de loas.

—¿De cuándo acá?—repuso él, harto de tanta fineza.—¿De cuándo acá se echan las campanas a vuelo porque un cristiano cumple con su obligación?

A punto ya de despedirnos, llevóse don Andrés aparte al labrador y le dijo de este modo:

—Cuanto al pleito...., ¿no te parece?...., le echaremos tierra ...

—Por mí, le echamos aunque sea una montaña.

—Pero como yo no quiero que tú te perjudiques, ni siquiera en hipótesis...., ¿comprendes?...., pesé en justicia tu razón, añadí la mía sobre tu platillo en la balanza, y.... esto es lo que pesan las dos....

—¡Quite allá, don Andrés...., y no me ofenda!—exclamó Ruyales, con ímpetu, rechazando la dádiva.—Yo no quiero ni un real.... ¿No dice usted que semos amigos? Pues ahora que semos amigos sobran dineros y razones....

—Pues, ¿por qué diantres mantenías el pleito?

—Por lo mismo que usted...., por pura cabezonada.... Si usted, al principio de la cuestión, me llama y me dice: «Juan, ¿semos amigos?» yo le respondo: «Semos....» y pelillos a la mar. Pero, usted, recio que recio, y yo...., pues, claro...., más recio todavía.... Después ocurre lo del muchacho, y usted me lo quiere pagar en plata, y yo le digo: «Ahora sí que no....» Si usted no me gana a testarudo, tampoco me gana a generoso....

—¡Vive Cristo!—gruñó don Andrés.—¡Siempre quieres salirte con la tuya!

—Claro que sí.... Por malas o por buenas, un pobre como yo puede estar al igual que un caballero.... Todo hombre cabal tiene su alma en sus carnes y la...

negra honrilla en las telas del corazón.... Yo soy castellano viejo y varón tan bien nacido como el que más, y tanto vale mi pobreza como la plata del rey.

¡Almas de castellanos viejos!—me dije yo al salir de la torre.—¡Almas de indómita energía para el bien y para el mal! ¡Hombres de cuarzo y de oro, recios y sensibles a un tiempo, como carne de corazón! ¡Raza altiva y terca de reyes: Salud!

RICARDO LEON

LA SOCIEDAD DE SAN VICENTE DE PAUL EN MEDELLIN

MEMORIA HISTÓRICA ESCRITA PARA EL CUADRAGÉSIMO
ANIVERSARIO DE SU FUNDACIÓN EN ESTA CIUDAD; POR
EL DOCTOR JULIO CÉSAR GARCÍA Y LEÍDA EN LA
REUNIÓN SOLEMNE DEL 24 DE SEPTIEMBRE DE 1922.

Un postulado de eficacia. El Apóstol de los gentiles, que colocó la virtud de la caridad sobre todas las otras del cristianismo y como requisito indispensable para el esplendor de todas ellas, señala en su primera epístola a los de Corinto el punto de toque para distinguirla de todo lo que se le asemeja en las falsificaciones humanas que con el nombre de filantropía o de altruismo son sólo el fruto de afectos sensibles y no de la voluntad movida por el amor de Dios: la verdadera caridad, enseña, no se busca a sí misma en el ejercicio de sus actos y es por el contrario humilde y recatada, para cumplir el precepto del Señor de que no hagamos las obras buenas en presencia de los hombres para ser vistos por ellos, pues ni la mano izquierda debe saber lo que la derecha ejecuta.